

# 1955 - 1970: QUINCE AÑOS DE RESISTENCIA

por  
JUAN CARLOS  
BRID

La resistencia peronista, ha de ser tratada con el tiempo —seguramente— como una de las epopeyas más importantes del pueblo argentino en su lucha por la liberación. Fue una guerra cruel, sorda y terrible donde muchos hombres y mujeres pagaron con persecución, cárcel y muerte el empeño de portar las banderas levantadas el 17 de octubre. Tuvieron enfrente un enemigo frío y poderoso. Tan soberbio como imbécil: cometió el error de subestimar el valor y la potencia que otorga la lucha por un ideal, y la piedra se les volvió alud. Gobierno tras gobierno fueron cayendo desde 1955 hasta hoy, sin solución de continuidad; el estruendo de sus crímenes y el entreguismo sacudía al país entero y tuvo cada día una nueva respuesta: la resistencia dura y tenaz.

Juan Carlos Brid fue uno de esos hombres tenaces. Fue un hombre fuerza, un hombre idea, fue un hombre de la resistencia. Su historia, contada aquí por él mismo, no es más que la historia de muchos otros. Su participación en la lucha popular en los años de "la resistencia", hay que multiplicarla por muchos; porque él fue uno de esos que imaginaba Evita al morir cuando dijo "volveré y seré millones". DARDO CABO

## CAPITULO I

Mi oficio, pintor. En el año 55 yo tenía una pequeña empresa de pintura, chica nomás. Y estábamos pintaando, el 16 de junio, en la calle Rivadavia entre Rivadavia y Talcahuano; una Cooperativa melatúrgica, creo que era la más importante del país. Yo tenía 38 años, políticamente no hacía nada. En fin, era peronista, como muchos, no era afiliado pero iba a algunos actos peronistas, no a todos claro.

Cinco hermanos somos, yo el más chico, pero en ese tiempo estaba ya casado, con tres pibes. Nosotros somos de una familia muy antigua del Tigre, no de abolengo, pero un Juan Bautista Brid fue nombrado por Liniers, Tte. 1º de las milicias urbanas, cuando las invasiones. Mi padre, había malvendido algunas propiedades, que no era mucho, otras le quitaron y era empleado; así que yo nací pobre y sigo siéndolo. Nací en el Tigre me casé en el Tigre y sigo viviendo en el Tigre.

Y cuando empezó el bombardeo, allí a pocas cuadras, hubo espanto general. Ahí en la cooperativa todos los empleados salían corriendo abandonando el trabajo. Y yo fui para Plaza de Mayo.

No, no se bien porqué, quizá por deseos de defender, eso es: para defender. Y entonces me voy. Plaza de Mayo parecía cuando el fantasma de la Opera lo corren; la gente despavorida por el medio de la calle, los coches abandonados. Gente lastimada, muertos por todos lados. En la esquina de la Municipalidad había un grupo de gente. Yo no sé qué me pasaba, los increpé, los insulté a ellos.

—Manga de cobardes, les dije.

Y algunos fuimos para la Plaza, pero el bombardeo seguía y nos tuvimos que volver. Entonces vimos la armería esa que está frente a la Catedral y empezamos a levantar la cortina entre todos. Ahí fue cuando desde el techo de la Catedral

nos tiraron unos balazos. Y la mano de Dios, ¿no? salimos corriendo para guarecernos y justo una bomba cae cerca y perfora la persiana y el lugar donde nosotros acabábamos de estar.

De ahí empezamos a deambular por el centro, pero nos dábamos cuenta que no había nada que hacer, queríamos hacer algo, armas, todos pedían armas. Así, hasta la tardecita, andábamos entre el humo y los últimos tiros. Después me fui caminando hasta Retiro, para el lado de casa.

Pero yo ya estaba cambiado. Bronca, porque noté que esta gente que estaba trabajando para derrocar a Perón, no hacía sólo eso, sino que estaba en contra del pueblo; nos habían tirado desde los aviones, desde la Catedral y nosotros no teníamos armas. Yo ya era otro. Volví al día siguiente, no trabajé, miraba los destrozos y me sentía hervir; había sido una masacre donde murieron muchos, cualquiera. En ese momento me sacude ese bombardeo, y yo empiezo mi actividad política. Yo estaba emocionado y empecé a tratar de conectarme con alguien, pero no era afiliado, no era nada. Andaba con ganas de hacer, pero como bala perdida. Formábamos algunos grupos, espontáneamente, cuando las manifestaciones, pero uno se veía un momento y después perdía el contacto. Así hasta el 16 de setiembre.

Estuve esos días como enloquecido, sin saber qué hacer. Salía de casa a la mañana con el pretexto de ir a trabajar pero me juntaba con la gente que como yo andaba por el centro, formábamos grupos, manifestaciones relámpagos y así. Hasta que el día que bombardearon la Alianza, ese mismo día, no recuerdo a qué hora, nos habíamos juntado unos cuantos por Avenida de Mayo y nos fuimos hasta el local de la Alianza. Ahí estaban atrincherados, empezamos a gritar y yo les pedí una bandera. Insistí, insistí hasta que me tiraron desde los balcones unas de esas banderas largas que tenían. Con eso iniciamos una

manifestación. Yo iba de abanderado. Agarramos San Martín hasta la Avenida de Mayo, gritábamos Perón y la gente se iba sumando. Luego por la Avenida 9 de Julio hasta no recuerdo que calle y fuimos a parar a la CGT.

Me acuerdo, era un día lluvioso. Las puertas de la CGT estaban cerradas. Adentro se veía gente, pero todo cerrado. Así que empezamos a pedir, a gritar. No sé, parece que queríamos otro 17 de Octubre. Pero el señor Di Pietro nos pidió por el parlante que nos retiráramos, que nos dispersáramos en orden. No le hicimos caso, dimos la vuelta, pero ya éramos menos. Los sindicalistas allí encerrados, quietos, descorazonaron a muchos. Quizás si ellos hubieran salido, podríamos haber levantado Buenos Aires.

Los que quedamos nos volvimos para el centro. Pero ya la cosa había cambiado. La policía estaba empezando a reprimir todo lo que fuera o tuviera olor a peronista. La columna que había quedado, chica, la componíamos los más decididos, pero éramos pocos. Se nos cruzaron varios furgones cargados de policías, les gritamos Perón, Perón, pero empezaron a tirar. Tiros, claro, nada de gases. Nos espantamos, hay que decirlo, ¿no?, algunos quedaron tirados, no sé si heridos, muertos o qué, yo perdí la bandera que quedó, me acuerdo, sola en el medio de la calle, estirada y sola. No sé como, me vi en un tranvía que tomamos con un grupo de muchachos. Fuimos hasta Constitución y de allí volvimos; la policía ya estaba haciendo desastres. Perón ya estaba en el buque o estaba por ir, no sé. Habíamos perdido y la rabia se nos mezclaba con una tristeza.

Bueno, no lo concebía. Yo entendía que Perón tenía que quedarse. No podía ser, si todos le respondíamos, el pueblo entero estaba con él. Con el tiempo, yo me volví un peronista total, lo conocí a Perón y he luchado por él, me he hecho enemigos; pero no entendí nunca por qué se fue.

Habría tenido sus motivos, ya sé, pero yo entiendo, revolucionariamente, pienso que tendría que haberse quedado.

Cae Perón. Yo creo cómo la oligarquía se toma la revancha. Quema un montón de lugares, parecía que querían borrar todo en un día. Saqueaban. Yo me hacía cada vez más peronista.

Poco a poco nos vamos conectando gente que pensábamos lo mismo, que había que pelear. Así hasta que me notifican clandestinamente que había un movimiento militar que se preparaba para tomar el poder otra vez. Hubo uno antes, el de Gentiluomo, pero yo no supe nada, recién empezábamos y había mucho desorden. Nosotros teníamos un grupo en el Tigre y gente de la Capital me anoticiaron de lo que se preparaba. Empecé a ver gente. A nuclear. Hicimos algunas reuniones, varias en mi casa, hasta que nos dan como zona de operaciones el Barrio de la Boca. Valle era el jefe, algunos sindicalistas hacían de enlace.

Debíamos esperar cerca del puerto, en las cantinas. Cuando se tomara el Arsenal Esteban de Luca nos iban a proveer de armas y materiales y órdenes precisas; en general, debíamos provocar atentados en los buques de la Marina que estaban allí atracados, tapar el canal y esas cosas.

Estábamos en varias cantinas, esperando. Fue la noche que peleó. Lausse con Seipa, lleno de gente. Había enlaces. Habíamos tomado varios camiones del Correo que teníamos en la zona y con ellos debíamos ir a buscar el armamento hasta el arsenal en cuanto estuviera en manos peronistas.

Nosotros sentimos el tiroteo, nosotros los del Tigre éramos diez, por las caras debía haber muchos, pero cada grupo tenía su enlace y no nos conocíamos. De a poco nos fuimos enterando del fracaso: primero que lo del Arsenal había fracaso,

que estaba la ley marcial. En la Pmpa se estaba triunfando, en La Plata se peleaba, pero en síntesis las cosas no habían salido. Pero nos quedábamos tercamente en las mesas, no nos movíamos, esperando, esperando un milagro que no ocurrió. A las cinco de la mañana, de a dos nos fuimos yendo.

En casa, mi mujer estaba pegada a la radio. Ella sabía la misión que yo había ido a cumplir. Le di un beso y me acosté. Era medio amarga la cosa.

Amigos, amigos, no. Pero compañeros conocidos sí. Entre los que fusilaron estaba Lisazo. Fueron unos cuantos los fusilamientos, del grupo nuestro no mataron a nadie.

Así que como eso fracasó, nos pusimos a trabajar más duro. Perdimos los contactos con los militares, pero trabajábamos clandestinamente para que un movimiento militar consolidara lo que nosotros hacíamos. Fuimos formando células, buscando armas y materiales. Todavía en aquel tiempo creíamos en el golpe de estado peronista.

El grupo que había participado en el levantamiento del 9, se componía de todos muchachos de la zona, había un ex-concejal y después, muchachos como yo, nuevos. Justamente uno de ellos estaba muy preocupado por las impresiones digitales que habíamos dejado en las bombas. Eran unas *molotov* que, ante el fracaso, dejamos abandonadas bajo el puente grande que hay en la Boca. El muchacho este estaba intranquilo porque había salido en el diario que se encontraron esas bombas.

—Y ¿qué hacemos? Mirá que está la Ley Marcial todavía —me dijo.

—Y, bueno ya te vas a dar cuenta, si te vienen a buscar es porque aparecieron las impresiones digitales.

Nos reimos un rato. Después no pasó nada. ◇

Resumen de lo publicado

Juan Carlos Brid empezó su relato ubicándose en 1955, cuando tenía una pequeña empresa de pintura. El 16 de junio el bombardeo de Plaza de Mayo lo encontró trabajando en Rivadavia y Talcahuano. Hace un vívido relato del suceso y descubre que va a comenzar su actividad política. Luego, llega el derrocamiento de Perón y comienza su participación en la resistencia. Forma su propio grupo en el Tigre; participa de la revolución del general Valle donde varios compañeros suyos son fusilados.

CAPITULO II

Bueno, después del fracaso del golpe del 9 de junio, empezamos a organizarnos otra vez. Para otra revolución ¿no? Nos reuníamos por la zona. En San Fernando hicimos una vez una reunión y formamos el comando Zona Norte, que daría mucho que hablar más tarde. Teníamos una organización celular. Ahí fue cuando iniciamos la industria de la resistencia. Modesta, claro. Empezamos del principio, a fabricar pólvora. A uno le parecía que era de una manera, a otro de otra. Experimentábamos, así nomás, a la que te criaste, ninguno era especialista. Algunos nos quemamos más de una vez, otros muchachos, pobres, quedaron marcados para toda la vida; uno perdió un ojo, otro un brazo cuando le estalló un "caño" mal preparado, en fin, costaba bastante aprender. Mezclábamos sal de Chile, carbón de álamo, clorato de potasio, azufre. Por fin, llegamos a la pólvora negra. Me acuerdo que hasta azúcar impalpable usábamos. Era pólvora de cohete, al fin y al cabo ¿no? Pero nosotros no sabíamos cómo conseguirla, así que nos largamos a fabricarla. Al principio costó, después repartíamos los "caños" para todo el mundo que anda en estas cosas.

El clorato y el carbón lo comprábamos en las farmacias. El clorato viene en pastillitas, así que teníamos que hacerlo polvo triturándolo con un sífon; la sal de Chile se vende en las sembrerías. En esta parte me junto con Carlitos Romagnoli que sería para siempre un compañero inseparable. Las noches y hasta los días que nos habremos pasado metidos en una pieza llena de elementos, mezclando uno con otros hasta lograr algún resultado. Pensar que después llegaron los materiales pesados a los que sólo había que ponerles mecha y detonante y listo. Fue una época donde todo se hacía así, a pulmón.

Los "caños" eran toda una obra de ingeniería. Comprábamos pedazos de caños cualquiera, los tapábamos de un lado y les hacíamos rosca del otro; los rellenábamos con la pólvora, adentro un tubito de ácido sulfúrico; cuando se invertía el "caño" el ácido entraba a funcionar hasta que llegaba al clorato, fuego y explosión. Hacían un ruido bárbaro, pero puro ruido nomás. En realidad eran petardos grandes, nunca pasó nada. Fueron las primeras bombas que se hicieron en el país. Eran muy peligrosas para quién las llevaba. Hubo muchas desgracias entre los compañeros, en cambio nunca se hirió a nadie en un atentado con esas bombas; ruido, nada más.

Entonces nos convertimos de fabricantes en distribuidores. Con un equipo de comilitas que estaba incorporado al grupo nuestro repartíamos los "caños" por toda la Capital y el Gran Buenos Aires. ¡Hasta al interior mandamos! Después pasamos la fórmula y se empezó a fabricar en otros lados; hubo más accidentes. Pero comenzó el ruido, por todos lados explotaban bombas. No teníamos armas, no podíamos hablar, ni votar, ni nada, ni explosivos en serio teníamos, era la única forma de poder contestarle a esta gente lo que nos negaba. No teníamos libertad de prensa, no teníamos nada; sólo teníamos el 4161 que si nombrábamos a Perón, con nombrarlo nomás ya íbamos en cana; ni siquiera una foto podíamos tener en nuestra propia casa, entonces apelábamos a los "caños".

"EMPEZAMOS ASI NO MAS A LA QUE TE CRIASTE..."



Para esa época empieza la organización. Hasta ese momento nosotros no teníamos contacto directo con Perón ni con nadie. Más bien era una cosa nuestra, espontánea. Hasta que un día llegó Peter Castro... El "Negro" Peter Castro. El nos nucleó y promovió la primera organización de la resistencia.

El se dedicó a nucleár, a reunirse clandestinamente con todos los grupos. Era un hombre de confianza, para nosotros, él había sido lugarteniente de Tanco en la Revolución del '9 y había hecho de enlace, así que fue formando todo. En realidad hizo un trabajo muy bueno. Me acuerdo que tenía pinta de militar y nosotros siempre creíamos que lo era, incluso pensábamos en un nombre falso. Era de buen porte y seco para hablar, pero le gustaban mucho los chistes y nunca soltaba prenda de paja; cuando lo apurábamos con alguna pregunta, salía con un chiste y no sabíamos si había contestado en serio o en broma. Lo encontramos en todos lados. Una vez, para salir de dudas, un compañero le sacó la cédula de un saco que dejó colgado de una silla y decía:

"Fulano de Tal, General de la Nación"

Nos quedamos todos mudos, pero quedó el enigma, aunque supimos que general no era. Bueno, él se convirtió un poco en el responsable, en el Jefe de la Resistencia o de los grupos. Hasta que llegó el momento de mandar a alguien a ver a Perón, que estaba en Centroamérica, a consultarlo, a decirle lo que estábamos haciendo: resistiendo. Pero necesitábamos algo concreto. Ahora bien, todos nosotros, el que más que menos, por razones de trabajo, familiares o porque estábamos perseguidos o marcados ya por la policía, no podíamos viajar. Entonces, Peter Castro buscó un compañero sin mucho que ver en la cosa para que llevara nuestra correspondencia a Perón. Conseguió uno que andaba dando vueltas por ahí, pero que nunca se había metido en nada. Se llamaba Jorge Daniel Paladino.

Se fue enviado por Araujo —que está en Cuba ahora— por Pedro San Martín, y Peter Castro, para que hiciera de mensajero ¿no? El debía recibir las órdenes para el comando y transmitirlos.

Fue como estafeta y volvió como Jefe. Con cartas y órdenes de Perón que lo nombraban jefe de la resistencia. ¡Vaya a saber qué le dijo a Perón! Nosotros ni lo conocíamos. El se sabía reunir —antes— en un café de la calle Uruguay donde servían café a bola, que le gustaba mucho, pero nadie lo conocía. Vino entonces a suplirlo a Peter Castro.

Muchos grupos se rebelaron contra él; encabezamos la cosa los de la Zona Norte y los del Oeste. Lo cuestionamos porque él no tenía ningún mérito como para ser nuestro jefe, y nos abrimos. Pero algunos compañeros, claro, impresionados por las cartas y órdenes de Perón lo aceptaron. Así fue, por un viaje, Paladino consiguió la jefatura y nosotros comenzamos a trabajar por nuestra cuenta. Nos abrimos.

Peter Castro no quiso luchar por el cargo, se apartó. Paladino le inició una campaña de desprestigio y el hombre quedó relegado.

Con Romagnoli entendíamos que había que buscar formas más potentes de agresión al

régimen, ya la pólvora negra fabricada en casa no nos servía. Así que empezamos a tender los hilos hasta que de Mar del Plata nos llegó la salida: las canteras trabajan con dinamita y otros materiales más poderosos. Había que ir a buscarlos allí.

Trabajando sobre un dato, salí para Mar del Plata con una compañera que más tarde se destacaría como una de las principales combatientes. Me alojaron en una casa deshabitada y esperé mientras se preparaba todo. Pero allí interviene Paladino: manda una comunicación para que no se me preste apoyo, los compañeros vacilan y no puede hacerse la cosa. Paladino prefirió mantener la cuestión formal a que se realizara la acción. Pero un compañero de Mar del Plata me dice:

—No se aflija, yo me voy a encarar de buscar algún polvorín.

Yo volví a Buenos Aires con pocas esperanzas. Pero el hombre cumplió. A los quince días siento que golpean las manos en la puerta de casa y allí estaba él.

—Mire —me dice— hay un polvorín allá que se puede tomar.

Era uno en Batán. Me fui corriendo a verlo a Carlitos Romagnoli que vivía en Moreno. Yo no tenía medios de movilidad; había que traer no se cuanto material de vuelta. El me consigue un hombre con un camión; el tipo ni era peronista ni sabía a qué iba, pero Carlitos era un crack, un artista para convencer gente para esas cosas y se lo llevó a Mar del Plata. Lo dejamos en un lugar, que nos esperara y nosotros nos fuimos a tomar el polvorín.

Eramos tres. Fuimos a la mañana; lo miramos y a la noche le dimos. Carlitos tenía una pistola 7.65, yo una tenaza de cortar alambre y el otro compañero, nada. Creíamos que iba a estar custodiado, así que fuimos rodeando con mucho cuidado, pero cuando llegamos vimos que no había ni sereno. El camión lo teníamos en la ruta que estaba como a 500 metros. Cuando vimos que la cosa era fácil, nos pusimos a cargar cajones hasta que nos agarró la madrugada; quedamos desechos, nos caíamos de cansancio porque teníamos que cruzar con cada cajón un campo arado, llegábamos muertos. Cargamos unos setecientos kilos de dinamita.

Fuimos a buscar al chofer, agregamos unos cajones vacíos como si esa fuera la carga y nos volvimos para Buenos Aires; parecíamos chicos con un juguete nuevo; el chofer nos miraba raro, pero ni se imaginaba qué pasaba; él creía que éramos contrabandistas. Setecientos kilos de dinamita... ¡para nosotros que fabricábamos a mano pólvora negra! El asunto ni se publicó en los diarios: resulta que el polvorín era de contrabando... ¡si lo hubiéramos sabido lo habríamos vaciado todo!

Allí empezó la época de los materiales pesados, el ruido se le volvió mucho más embromado a los "libertadores" y algunas casas, dependencias militares o estatales empezaron a derrumbarse después de las explosiones; la cosa terminó de ser nada más que un susto. Es que ya habían empezado también las torturas. Por los familiares de los compañeros que van cayendo presos nos enteramos que la policía había endurecido la mano. La picana

era lo más común y la biaba, segura. A más, los allanamientos eran feroces ¿no? Entraban a la casa de uno a las patadas, no respetaban mujeres ni chicos, daban vuelta todo y se metían en las casas, no sólo de los buscados, sino de sus familiares y amigos; se llevaban preso a cualquiera y la ligaba cualquiera.

Para ese tiempo, un comando civil o la policía argentina realiza en Montevideo un operativo arreglado con las autoridades de allá, seguro. Asaltaron la casa del Dr. Colomb, que hacía de enlace y de punto de referencia con gran parte de la Resistencia y le llevaron, entre otras cosas, una lista con nombres de contactos; entre esos nombres había un Brid, que venía a ser yo. Entonces me salió la captura recomendada y pasé a la clandestinidad, pero la policía detuvo a un sobrino mío. Su señora vino a verme asustada, afligida "por si le han pegado" porque no se lo dejaban ver. Así que yo me fui hasta la comisaría del Tigre y pedí hablar con el comisario, le dije que quería verlo y sacaron la excusa de que estaba incommunicado, "pero yo quiero verlo, nada más".

—¿Y para qué? me dice el taquero.

—Porque quiero ver si no lo han torturado... Me sacaron poco menos que a las patadas, pero no se dieron cuenta de que era a mí a quien buscaban.

Bueno, ya teníamos contacto con Mar del Plata y un grupo esperaba allá, de Rosario vinieron algunos muchachos y el Chango Mena era el enlace con las provincias del Norte.

El material robado en Mar del Plata lo llevamos a una casa de Cañuelas. Era de un tano que nos la prestaba. Allí había un mimeógrafo, papel, tinta, todos los materiales para imprimir volantes y esas cosas; también una bicicleta con cussiole que usaba Carlitos para ir y venir; a más de los explosivos que venían a buscar de todos lados, Mena trajo bastante de las canteras del Norte. Allí vivía yo, ya que estaba perseguido por la policía. Como tenía más tiempo porque debía estar mucho encerrado preparaba y preparaba material que era retirado inmediatamente.

Dos compañeros, el "Gordo" Pracánico y Manito, que trabajaban con nosotros, son entregados por un lanchero que los llevaba clandestinamente al Uruguay. Torturados bárbaramente debieron dar algunos nombres, entre ellos el mío. Yo me enojé un poco, así que un día me puse unos lentes y una gorra y con el padre de Pracánico y la hija me fui a la comisaría de Vicente López a verlos. A hacerle fío a Manito, que me había nombrado. Me hice pasar por tío, cuando ellos me vieron no querían creer. Allí me puse a discutir con Manito, pero cuando me dijo lo que le habían hecho me daban ganas de llorar. Bueno, me enteraron de lo que sabía la policía, la gente que había marcada y todo eso. Para ese tiempo, también había caído un grupo de gente de San Martín y otro de Lanús; de la Zona Norte, el único que quedaba era yo, así que había que demostrarle a la policía que la organización estaba en pie. Trabajábamos como locos; no pasaba día sin que reventaran dos o tres caños por todos lados. Le metíamos por donde menos lo esperaban, volantes, pintadas; éramos hombres orquestas... ◊

(Continuará)

## Resumen de lo publicado

Después de relatar sus vivencias en los golpes de junio y setiembre de 1955, Brid pasó a detallar los primeros pasos para preparar la resistencia peronista.

Los primeros "materiales hechos en casa" y también los primeros acopios de elementos industriales.

La participación de Paladino y de cómo se hizo "jefe de la resistencia": "de estafeta pasó a jefe" contó Brid. Finalmente el capítulo anterior fue cerrado cuando empezaban a caer presos los primeros militares y la picana hacía estragos en la precaria organización. "Quedamos muy pocos y trabajamos como locos. Le metíamos donde menos esperaban, volanteadas, pintadas; éramos hombres orquestas..."



## CARCEL Y LIBERTAD

## CAPITULO III

Desde Rosario un grupo de compañeros que trabajaba por allá, nos mandan un urgente pedido de materiales; explosivos, claro. Nuestro grupo se había estado extendiendo. Una compañera, Casarano de apellido, que más tarde sería presa Conintes, me presentó entre los nuevos a un compañero y con él —que tenía un auto— nos fulmos a Rosario. Con los compañeros santafecinos hicimos canje; me traje el coche lleno de amortiguadores de auto y camión. Un trabajo inútil; lo que ocurría es que, acostumbrados a la pólvora que nosotros fabricamos, creíamos —como se creyó durante mucho tiempo— que los materiales pesados cobraban más poder si iban con una carga, uso que pensábamos darle —y le dimos— a los amortiguadores. A ellos les dejamos parte de la dinamita robada en Mar del Plata.

A la vuelta manejaba yo, el compañero iba dormido. Resulta que pensábamos dejar la carga en la casa del gringo en Cañuelas y yo no sé qué se me dio por seguir de largo hasta Mar del Plata con la intención de dejarles los amortiguadores-carcazas a los muchachos; pero habré hecho unos treinta kilómetros, cuando siguiendo también un impulso regresé a Cañuelas. En ese momento no sabía que acababa de salvar de la cárcel a los compañeros de Mar del Plata. Mi acompañante era un infiltrado de los Servicios.

Dejamos la carga y nos separamos. A los cuatro o cinco días me deja un mensaje en la casa de un compañero, Acosta (también después cayó preso como Comintes), para que nos encontremos en Cañuelas.

Este hombre, que se hacía llamar Arias y que después supimos se llamaba Vázquez, dijo que estuviera, que me iba a llevar comida; porque para ese tiempo —como siempre, bah— andábamos sin un peso. Así que lo estaba esperando. Era una noche de verano, yo andaba en short y con las luces apagadas; a mano, tenía una pistola y la puerta estaba abierta de par en par. En eso siento ruido de gente, pensé que este Arias habría venido con otra gente. Pero mandó a otros.

El primer tipo estaba con una ametralladora, apuntándome.

— Arriba las manos, no te muevas que te quemó.

Yo estaba a un metro y medio del tipo y tenía la pistola en la mano, pero —calculé— ni tiempo tenía para tirar la corredera hacia atrás, si me movía me barrían. Pero igual me rechiflé.

— ¡Qué arriba ni arriba las manos! —le apuntó con la pistola y lo insultó. Pero de atrás me metieron un culatazo en la cabeza, seguro alguno que se había colado por el fondo. Me fui al suelo semidesvanecido. Me alumbran con una linterna la cabeza; ahí creí que me mataban, esperé el tiro de gracia pensando en los muchachos que habían matado de la misma

forma en los basurales de José León Suárez. Pero me necesitaban vivo, además ellos no querían tirar ni un tiro porque venían con la precisa de que allí había explosivos. Arias les había dado los detalles. En la casa había además una metralleta, otra que era de Jorge Antonio (que le trajo Carlitos Romagnoli después del operativo aquel en que se escaparon de la Cárcel de Rawson varios dirigentes peronistas) era francesa y le decíamos "la coqueta" porque estaba toda labrada; también había una Halcón 9 mm; detonantes, dinamita, gelinita; el mimeógrafo y pilas y pilas de volantes que hacíamos ahí mismo; entre ellos había uno que pedía la pena de muerte para el Jefe de la Regional San Martín, que era torturador.

Me levantan, me engrillan y empiezan a moverse por la casa con un miedo bárbaro, hasta zapatillas de goma llevaban para no levantar chispas. Así me di cuenta, por qué los tipos no me matan. El oficial les decía que ni arrastraran los pies. Yo me reía, dentro de todo, porque nosotros en el patio hacíamos asado. Les ensucié todo el auto de sangre, me acuerdo. Uno de los tipos me dice: "¿cuántos kilos tenés?" yo aturcido como estaba, creí que me preguntaba cuánto pesaba, y le digo "setenta". Creyeron que los cargaba y ahí empezó la biaba; querían saber la cantidad de explosivos que tenía.

Yo estaba preocupado por una libreta con nombres y direcciones. Me hacen poner un pantalón y justo allí estaba, así que durante el viaje la fui tanteando hasta que la saqué del bolsillo y la metí debajo del asiento del coche, ahí habrá quedado.

En la Regional estaba ya Carlitos Romagnoli. Tenía un ojo negro, cerrado y desecho a golpes. Me dio una pena, así chiquito como era lleno de palos me partía el alma.

Había que explicar de dónde habían salido los explosivos, así que yo dije que los había traído Paladino y como Paladino ya tenía coche en esa época, yo describí el auto.

— Lo traje en varias tandas —le dije.

En eso viene uno grandote y me agarra del cogote, traía en la mano el volante que nosotros habíamos hecho condenando a muerte al Jefe de la Regional.

Era él. Me sacudió de lo lindo, para mejor era grandote el hombre. Un tal Soto dirigía el "interrogatorio", había sido vigilante en la época de Perón, así que trataba de hacer méritos. "Hace un mes que no veo a Paladino", dije cuando me preguntaron, y bum! una trompada a Carlitos le dieron, porque él había dicho que tres. Resulta que nos habíamos puesto de acuerdo para echarle el fardo a Paladino, total ya que él la jugaba de jefe sin hacer nada... Además él tenía la costumbre de lle-

var un fichero, y cada grupo que caía arrastraba a cualquier cantidad de gente en cana; se manejaba en la Resistencia como si estuviera afiliado para el comité. Así nos encontramos en la Brigada de Lanús con gente de Tucumán, Salta y Jujuy, descubiertas por esas famosas listas. La picana la conocí en Lanús, a los cuatro días me dieron algo de comer porque ya me desmayaba demasiado seguido. Cuando no me daban picana me tenían sentado, esposado en una silla, en medio de una oficina con un vigilante armado custodiándome permanentemente. De allí ni me podía mover, a veces para ir al baño, si ellos tenían ganas de llevarme. Me pasaron a Villa Lynch donde siguió esta milonga aunque allí me pegaban menos, con mano menos dura, digamos. Golpes en la oreja, trompadas, patadas, chupaba frío y hambre, agua tomaba de vez en cuando para que no me subiera mucho la fiebre. Yo no dije mucho, nombré gente que no existía, que no estaba en el país y Paladino, Paladino. El había mandado presos con su imprudencia ochenta personas, salvo a él, yo no conocía a nadie. Un día comí un guiso que me pareció delicioso. Nos filmaron para la televisión, allí me vio mi señora, dice que al principio, como yo estaba tan desfigurado, no me conocía. Por fin, luego de dar vueltas por todas las comisarías de la zona, me ubicó, me dejó comida y no me la dieron, yo le pasé un saco batarás que estaba bañado en sangre.

— Que Torres haga la denuncia de torturas —le dije, pero no se pudo comprobar nada.

Después me pasaron a Olmos, que estaba lleno de gente peronista. Al tiempo cayó Paladino. Lo agarraron comiendo en "La Cabaña". Lo mandaron a la Jefatura de La Plata. Todo el mundo creyó que lo iban a matar a palos con todas las acusaciones que tenía encima. Pero lo salvó el Coronel Fernández Suárez, el mismo de los fusilamientos. Se cruzó con él cuando lo llevaban a la Regional y el coronel dijo que lo mandarían directamente a Olmos. Fue el único que no tocaron, ni una piña le dieron. Bueno, en realidad nunca hizo nada; nada más que tenía cartel ante la policía por las declaraciones de los que caían, que se habían puesto de acuerdo para nombrarlo a él. Ya que había que nombrar a alguno, más vale no mandar adentro a compañeros de valor. Tenía cartel también ante Perón; a Perón le decía que "los muchachos" por orden de él hacían esto y lo otro. Macanas, pero así figuraba. Viajaba también frecuentemente, siempre estaba haciendo unas colectas para viajar y viáticos. En la cárcel recibía visitas a las diez de la noche, especiales; hasta se hizo hacer a medida el uniforme del penal. No sé por qué tenía estos privilegios. Inclusive salió en libertad antes que todos nosotros. Estuvo unos tres meses; también se hacía calentar el agua para bañarse, parece que no se le animaba al agua fría. Era todo un revolucionario. ◊

## Resumen de lo publicado

Relatadas sus vivencias desde el 16 de junio de 1955 y la iniciación de la Resistencia Peronista y de como Paladino en un gambito de correspondencia se hizo jefe, detalló los primeros operativos. Así como las torturas y prisiones que fueron sufriendo él y sus compañeros. Finalmente, en el capítulo anterior, Brid evocó los tiempos más difíciles y más pesados: su propia cárcel y tortura. Vuelve sobre Paladino, su genio y figura. La nota número tres termina contando como salió en libertad y su vida dentro de la prisión.



# LIBERTAD Y POLITICA O EL PERONISMO LIBERAL

## CAPITULO IV

Ocho meses estuvimos presos en Olmos. Durante ese tiempo se inició la campaña para las elecciones de 1958, donde el peronismo estaba proscripto. Por supuesto yo estaba por el voto en blanco; hasta que un día, que me llevaron al Juzgado de San Martín por un trámite, el Dr. Fernando Torres que era mi abogado, me mostró la orden de Perón para que se votara a Frondizi. Yo me quedé sorprendido, porque hacía poco tiempo Paladino había recibido la orden de votar en blanco. Si bien es cierto que yo rechazaba en mi fuero interno el tener que votar a Frondizi, entendía que era una maniobra de Perón y había que respetarla. Aunque me chocaba, hacerlo, por disciplina y en la medida de mis posibilidades, contribuí por intermedio de los compañeros y allegados a la difusión de la referida orden. No por Frondizi, sino para cumplir con Perón.

Gané Frondizi con los votos peronistas. Al poco tiempo vino la amnistía. Era una noche, cuando Carlitos Romagnoli me dice: "Mirá, hay un movimiento raro de coches en la calle". Después vino un guardia con una lista y empezó a nombrarnos; cuando terminó dijo: "vengan con todo que están en libertad". Algunos quedaron para salir al otro día. Fue tan sorpresivo que no lo podíamos creer.

Salimos como a las tres de la mañana a la calle, completamente libres. Medio boleados, pero contentos. Unos compañeros que vinieron a esperarnos con una chatita me llevaron hasta Retiro; allí tomé el tren y me bajé en San Fernando para avisarle a la familia del compañero Viñas, que había quedado adentro y salía al otro día; quería —por pedido de él— anticiparle a la madre la buena noticia. Así que llegó, como peludo de regalo, como a las cinco de la mañana a casa. Estaban todos durmiendo. Cuando mi señora me abrió la puerta, no lo podía creer, los pibes se fueron despertando y debían creer que seguían soñando, después armaron una algaraza de la gran siete.

Después me llamaron para integrar el Comando Táctico del Peronismo. Para representar al grupo de la resistencia peronista surgida después del '55. También llamaron a Julio Troxler. Este organismo era heterogéneo y participaban unas 100 personas. La mayoría estaba festejando como un triunfo la llegada de Frondizi al poder, a diferencia nuestra ya que para nosotros era una etapa superada. En ese tiempo fuimos llamados por Cooke que estaba en Montevideo, para un intercambio de opiniones.

Por el Comando —que estaba en la calle Santa Fe— apareció Kelly, que estaba prófugo. Vino a hacer acusaciones de que allí había gente marxista porque en ese tiempo todavía estaba en una posición fascista. Medio tuvimos un enfrentamiento porque él amenazó con copar el local; al final lo echamos.

Pero las cosas no andaban bien con nosotros allí adentro. Un día, finalmente después de

permanentes choques con los políticos, optamos por abandonar el Comando. Así que nos fuimos toda la gente de la resistencia más otros compañeros que adoptaron la misma posición; retiramos las armas que teníamos allí y nos fuimos.

Enterado de eso, Kelly se vino con la guardia pretoriana con la que andaba y tomó el local con gran despliegue de armas; pero solo había una viejita que hacía de cuidadora. Luego la policía lo llevó preso, por la captura que tenía.

Para ese entonces se nombra una Delegación Nacional que nosotros cuestionamos ante Perón. Esta gente no nos merecía fe peronista. Estaba Ramón Prieto al frente. Nosotros mandamos un telegrama a Perón, poniendo nuestros reparos y a causa de eso Perón nombra el Consejo Superior con asesoramiento de J. W. Cooke. Se nombra a unos cuantos figurones como Aloé, Albrieu, Rocamora, y entramos también Troxler y yo. Della Parodi, María Elena Bruni y una chica salteña, estaban por la parte femenina. La designación de esta gente creó problemas entre los amigos, que nos pedían que nos fuéramos, pero nosotros pensábamos que íbamos a hacer más fuerza adentro, para no regalarle toda la cosa a ellos.

El Consejo se trasladó a la calle Viamonte. Nosotros fuimos entusiasmados, porque éramos hombres de la calle. Yo era un hombre de la base que había oído nombrar a esos personajes. Pero me desilusioné enseguida. Aloé, por ejemplo, seguía mencionando a Perón como "el señor Presidente" a y Evita como "la señora Eva Perón". A nosotros nos chocaba porque entre la gente de pueblo siempre la nombrábamos como "Evita", sin pretender faltarle el respeto y ese ceremonial nos extrañaba. Aloé cuando se refería a sí mismo decía "el señor Gobernador". También por muchos detalles pudimos advertir que ellos querían apoderarse de la organización, despreciando a los que habíamos salido a luchar después de 1955, según siendo burócratas, los mismos mariscales de la derrota que vuelven a reaparecer hoy, que aparecen cada vez que hay posibilidad de elecciones y desaparecen en las épocas difíciles negándose como peronistas.

Las reuniones se hacían pesadas, porque nosotros le decíamos simplemente "compañero Aloé" y él se sentía molesto. Una vez estuvo cinco reuniones sin venir. Además, durante las reuniones, a cada rato miraba el reloj, decía que estaba muy ocupado. Tenía que velar por sus intereses; nosotros, en cambio, como no teníamos vacas que contar, el tiempo nos sobraba para ocuparlo en el peronismo. El apremio nuestro era hacer algo por el movimiento. Hay detalles que caracterizan a la gente ¿no? Por ejemplo, Aloé, cuando fumaba, no era capaz de convidar; sacaba el atado, se servía y no convidaba a nadie. Me dijeron que en la cárcel hacía lo mismo y no sólo con los cigarrillos. Como las cosas no estaban muy bien con el

gobierno, solíamos reunirnos clandestinamente algunas veces. En una de esas, estábamos reunidos en un departamento de un amigo, cuando nos llaman por teléfono para avisarnos confidencialmente, que nos venían a allanar la casa y levantarnos a todos. Estaban allí las mujeres también, así que empezamos a ver la mejor manera de salir. Las mujeres primero, como de costumbre, claro. Pero de pronto nos dimos cuenta de que faltaba uno; era Aloé. Al principio tuvimos miedo de que lo hubieran secuestrado. Pero simplemente había sido el primero en disparar. Y siguió disparando largo, porque no paró hasta Montevideo, donde pidió asilo. Fue una fuga muy larga, los diarios lo comparaban con Abertondo... como que había cruzado el río nadando.

Yo le mandé una carta a Perón en ese tiempo. Le decía que el pueblo argentino enfrentaba una dura lucha, pero se salía adelante, "aunque hubiera algunos que a la primera amenaza cruzaba hasta Montevideo a nado". Perón debe haber entendido para quién era la cosa, porque cortó varias cabezas y cuando fue Aloé a verlo, poca bolilla le dio.

Hasta ese momento, los políticos trataban de dejar al margen a los gremialistas en la conducción del Movimiento o por lo menos delataban su participación. Querían ser ellos solos los herederos del Movimiento Peronista.

Pero Perón aconsejaba periódicamente que los gremialistas fueran incorporados con representación en el Consejo. Perón quería que en la reorganización política que se avecinaba, los sindicatos tuvieran poder de decisión. Esa orden fue reiteradamente resistida por Albrieu, Rocamora, Constantino Barros y otros. Ellos querían hacer del peronismo un partido político al estilo liberal y no el Movimiento que nosotros queríamos y que todo el pueblo esperaba. Después de varias reyertas junto con Troxler, quebramos la resistencia, exigiendo que se cumpliera la orden de Perón. Fue entonces que se incorporaron Avelino Fernández, Armando Cabo, Dante Viel y otros, que eran los que habían hecho —paralelamente y desde el '55— la C.G.T. "Auténtica". Entonces el Consejo quedó integrado con los políticos, los sindicalistas y la gente de la resistencia.

Bueno, vino la creación del partido y la discusión sobre el nombre. Hubo varias variantes, entre las que se barajó con nuestro apoyo el "Partido Justicialista del Pueblo" para que coincidiera con la iniciales de Perón (JDP), pero como ya existía la UCR del Pueblo, se optó por "Partido Justicialista". A partir de ahí el Consejo decide largar al interior la reorganización. Como consecuencia de eso designa tres miembros encargados de nombrar delegados en todo el país.

Della Parodi, por la femenina; Oscar Albrieu por la parte política; y yo por la resistencia o nueva generación formada después del '55.

Pero aquí nosotros corrimos con desventaja. Es una historia que voy a contar en el otro capítulo. ◊

(Continuará)

Resumen de lo publicado

Desde el 16 de junio de 1955, Brid relató los primeros tiempos de la Resistencia Peronista. Operaciones, cárcel, tortura, fusilamientos todo mesturado con una fe inquebrantable en las banderas de Perón. El sueño del golpe de estado, la realidad de una lucha a largo plazo; difícil, cruenta que deja a sus compañeros por el camino. En la nota anterior explica cómo llegó desde la cárcel a los organismos de conducción del Movimiento. Personajes y métodos. La opción entre un partido liberal y un Movimiento Revolucionario: una disyuntiva sugestivamente viacente.

CAPITULO V

Bueno, aprovechando que todo el mundo andaba en el quehacer político, y nosotros también teníamos la cobertura de ser miembros de Comando Táctico, aprovechábamos esa cobertura para seguir en las actividades subversivas. Porque nosotros no creíamos en la salida política que se le prometía al peronismo por esos años. También en ese tiempo se hablaba de elecciones "libres", de "juego limpio" y todas estas cosas que se habían también ahora: la cosa fue, que los políticos entraron en el asunto como caballos y cuando fueron a elecciones y ganó el peronismo, los milicos vieron esto, dieron el golpe de estado y a otra cosa. Frondizi también anuló las elecciones cuando la ganó el peronismo, a ver si se salvaba del golpe, pero ya era tarde. Nosotros no creíamos en esos cuentos de elecciones para el peronismo, como no lo creemos ahora, con la diferencia que ahora uno dejó de andar ya pero están los pibes que no son ningunos gües y no los engrupan con las elecciones; esos entretenimientos para bebés.

Volviendo entonces a la historia. Un intento de comprar explosivos en el exterior, nos indicó que muy caro y arriesgado, sobre todo traerlos. Yo propongo el viejo método de mayor cantidad y menor costo. Me hago un viaje a Mar del Plata, veo a los muchachos del antiguo Comando de esa ciudad. Estaban contentos porque yo caí preso y no había mandado a nadie adentro. Bueno, nos ponemos en campaña y ellos aconsejan un golpe en Olavarría, una cantera en Loma Negra. Formamos un equipo en Buenos Aires y fuimos a hacer la cantera.

Eramos siete. Fue una cosa fácil: hacer saltar un candado. Dejamos el camión en la ruta, a unos doscientos metros de donde sacábamos el material y cargamos 700 kilos de dinamita gelatinizada, al 30 y 60 por ciento; material muy bueno. Era un sábado y, el domingo no fue el personal y hasta el lunes no descubrieron el asunto, así que hicimos un viaje muy tranquilo; dos volvimos en el camión, los demás en micro y nos esperaron en la entrada a Buenos Aires. En pleno mediodía del domingo, en una casa de la zona norte empezamos a descargar los cajones. Era un lugar muy propicio porque parecía inimaginable que allí se guardara ese tipo de cosas. Me acuerdo que en el camión había un olor que apestaba, porque ese material no huele muy lindo ¿no? Al otro día, el lunes volví al lugar donde estaba el material, con otro camión y otro compañero, saqué el material, lo cargamos y lo llevamos a otro lado. Por supuesto era Carlitos Romagnoli el que me acompañaba. Al cambiar de lugar, se cuidaba la seguridad: el grupo que hizo la operación ya no sabía donde estaba el material. Desde donde lo llevamos, comenzamos a distribuirlo. Pero al salir en los diarios publicado el robo de dinamita, a mí se me armó un problema en casa.

Resulta que yo le había prometido, al salir de la cárcel —cuatro meses atrás—, a mi mujer que no me iba a meter más en nada. Así que cuando el viaje a Mar del Plata, yo le dije que iba para Rosario. Pero la vieja vio en los diarios lo de la cantera, lo relacionó con mi viaje "a Rosario" y se me vino encima. Yo dije al principio que no había sido, negué, negué todo lo que pude pero al final le tuve que decir que sí; ¡qué bodrio que se me armó! un lío peor que si me hubiera agarrado la policía, pero al final —fírmela la vieja— entendí, entendí y se conformó. Como se conformó siempre después, me acompañó sin aflojar en todo; tendría que hacerle un monumento.

Para el tiempo de la gran huelga metalúrgica de 1959, las formaciones especiales colaboraron activamente. Sin embargo ocurrió un hecho muy lamentable del que fue protagonista el compañero Benito Moya. Junto con una compañera se disponían a poner una bomba en las oficinas de Siam en la Av. de Mayo, que tenía fondos a la calle Yrigoyen. Como debieron hacer tiempo para llegar al momento indicado, se sentaron a tomar un café en un bar de las inmediaciones. Cuando estaban allí, advirtieron que del portafolios donde estaba el

El golphismo y el electoralismo:

Dos frustraciones impulsadoras de la lucha por el poder



explosivo salía humo, lo que indicaba que se había puesto en actividad el mecanismo de explosión, que se hacía inminente en pocos segundos. Tomaron el portafolios y salieron corriendo hacia la calle con el fin de evitar víctimas en el bar. Ya en la calle tiraron el portafolios contra la pared con tan mala suerte que justo embocó en la puerta de otro bar vecino, y allí explotó. A consecuencia de esto, huo que lamentar la vida de un parroquiano y varios heridos. Entre nosotros esto se tomó como una terrible tragedia ya que siempre se trató de evitar víctimas; sólo por un accidente de este tipo las cosas salieron de esa manera.

La compañera de Moya fue detenida en las inmediaciones y Moya identificado. Se planteó entonces la necesidad de tener que sacarlo del país. Fue así, que para tratar esto e investigar las causas reales y la responsabilidad por lo ocurrido, debió hacerse una reunión de varios activistas. Como varios de ellos estaban en la clandestinidad y activamente buscados por la policía, se simuló una fiesta familiar en la casa de un compañero, como la forma más segura de evitar que la reunión del grupo llamara la atención. Se decidió que Moya fuera trasladado a Bolivia y a mí se me encargó la misión de guiarlo y acompañarlo.

A Moya lo maquilamos, ya que los carteles con su fotografía estaban en todos lados. Y salimos en avión con documentación falsa y así llegamos sin inconvenientes mayores hasta Tartagal. Un compañero debía esperarnos con un camión, en cambio —cuando llegamos al aeropuerto— nos encontramos con tropas que después supimos custodiaban el avión del ministro de guerra, general Larcher. Pasada la primera impresión optamos por que él se quedara escondido en una zanja mientras yo iba hasta la ciudad a requerir los servicios de los compañeros de la zona. Conseguí un camióneta, lo fui a buscar a la zanja donde prácticamente se lo estaban comiendo los bichos. Fuimos entonces hasta Pocitos (Argentina) y abandonamos la camioneta; cruzamos a pie la Quebrada, gambeteando las patrullas de Gendarmería que custodiaban la zona. Así llegamos a Pocitos boliviano y tomamos un colectivo a Yaculba. Un compañero argentino que vivía allí, nos facilitó una camioneta y con ella nos fuimos a Sananadita, un lugar oculto en medio de la selva donde había un puesto de campesinos armados, que ya habían sido avisados de nuestra llegada y nos recibieron con júbilo. De ahí me volví.

Bueno, el trabajo clandestino se hizo más organizado. Las huelgas eran activas, quiero decir que tenían el apoyo nuestro. Por ejemplo en la huelga de 48 horas que hizo en el '59 las "62 organizaciones" se combinó todo y estallaron en esos dos días 72 bombas. Eran los tiempos en que la dirección sindical peronista era combativa, aún no se había burocratizado y los planteos conmovían en serio al régimen. En una huelga de los obreros de gas del Estado, a las que no se le reconocían sus derechos, se los cesanteaba, se los metía presos, los reprimían. Ellos pidieron apoyo a las organizaciones especiales. Una acción que coincidió con esta huelga —la voladura de la planta envasadora de gas en Mar del Plata— convenció al gobierno de la necesidad de implantar el plan Conintes. Más adelante contaré cómo fue la cosa.

En ese tiempo también empezamos la fabricación de granadas, las que se conocieron popularmente, digamos, como "ravolodas". Con un compañero del gremio metalúrgico vimos a posibilidad de producirlos. El consiguió que un matricero hiciera la matriz para producirlos en serie. Se montaron varias fábricas de estas. Por nuestra parte la hicimos sin necesidad de montar taller. Un día me presento a un taller metalúrgico chico, pido hablar con el dueño y le digo que soy un directivo de YPF que necesito que me haga esas carcazas, necesarias para las perforaciones por explosión. El hombre me creyó en seguida y empezó a hacerlas, y con mucho esmero, ya que las que salían con un poro por defecto de ma-

terial, las tiraba a un patio que tenía, y allí se amontonaban porque —decía— esos poros le podían hacer perder fuerza a los gases. Nosotros tratábamos de convencerlo de que no fuera tan cuidadoso, porque el taller estaba a dos cuadras de una brigada policial y el patio daba a la calle, así que cualquiera veía las carcazas inútiles amontonadas. Pero no pasó nada: hicimos cuatro mil, le pagamos y nos fuimos. Era un hombre responsable, pero nos hacía sudar la gorda.

Paralelamente —mientras se cumplía el encargo de las granadas— fuimos a conseguir los detonantes. Con el mismo procedimiento de otras veces, caímos en una cantera y nos llevamos más de diez mil detonantes eléctricos y de mercurio. Es que se estaba gestando otra revolución y nosotros, creyéndolo ingenuamente a algunos militares, nos preparábamos otra vez para apoyarlos. Hasta había un Estado Mayor Revolucionario que yo integraba; había almirantes, un general y un comodoro, a más de algunos gremialistas que estaban en la cosa con nosotros y un par de políticos. Era la revolución y la contrarrevolución planificando sobre una misma mesa. Por eso que nunca se llevó a cabo. Era en tiempos de Frondizi, pero nosotros sabíamos que teníamos que derrocar al régimen, del que Frondizi era un accidente, porque a él lo manejaban como querían, así que no nos importaba si Frondizi caía o no; había que voltear todo.

Otra operación para acopio de materiales, la hicimos en Mar del Plata, una zona sumamente propicia para esas cosas. Era otro polvorín. Entramos de noche, por atrás, hicimos saltar el candado y yo me metí a seleccionar material. Cuando salgo, con un montón de detonantes en los brazos me alumbra con una linterna. Uno de los muchachos le da el alto al de la linterna, el tipo se asusta y nos tira un escopetazo. Replicó la perdigonada contra la pared y me lastimaron un poco pedazos de mampostería, que si no no cuento esto, porque si tocaba los detonantes volábamos todos. A otro compañero el chumbazo lo agarró justo en la boca y la nariz; parecía un negro "maumau" de hinchado que estaba. Bueno, empezaron los compañeros a los tiros, al aire, para asustarlo y nos fuimos retrando. Pero el tipo andaba en camioneta y salió disparando a buscar la policía. Corrimos hacia el camióncito que habíamos traído; pasamos lista al pie del cacharro ese. Lo bueno, es que en el grupo había un compañero de 53 años y otro de 16, bueno el de 53 llegó primero al camión. Nos volvimos por la ruta en la catramina con el compañero que se le hinchaba cada vez más la cara; nos reíamos de lo despacio que íbamos, para peor en la mitad del camino se le sale la manija, porque era a manija, nos bajamos para ponérsela nuevamente y vemos venir la camioneta de la policía. Pero justo donde nos paramos había un balongo, una de esas fiestas de campo a la luz de un farol y un guitarrero medio "mamao", así que medio nos mesturamos con la gente y la policía pasó que se las pelaba. Subimos otra vez a nuestro Ford "T" y seguimos camino. Después vimos que en el manoteo nos habíamos traído un rollo de mecha de quinientos metros; algo es algo, como para no volver con las manos vacías ¿no?

Todo esto ocurría mientras los políticos se preparaban para las elecciones, un poco se reñan de nosotros. Pero el tiempo nos daría la razón, porque el trabajo clandestino se justificaba más que el electoral que ellos desarrollaban. Porque las elecciones se anularon y nosotros con nuestras acciones prácticamente hacíamos tambalear al gobierno; hasta que se cayó no volteado por nosotros, ni para tomar nosotros el gobierno, pero sí mucho a causa del hostigamiento permanente que le hicimos.

Dos veces asaltamos el mismo polvorín de O'Avarrá, otra vez el de Batay, otro en Sierra de los Padres, en fin un trabajo intenso. Para ese tiempo yo sabía que esa revolución que nos prometían los militares, era tan improbable como las elecciones de los políticos. Pero yo alentaba las dos cosas, porque la es-

peranza de una nos movilizaba para acopio de material que al final íbamos a utilizar, y todo el quehacer político ayivaba la actividad de las bases que también en algún momento habría que darle cauce. Cerrado el camino electoral, cerrado el del golpe de Estado, sólo quedaba (y queda) el de la insurrección popular, con bases agitadas, descontentas, desfraudadas y con las formaciones especiales bien pertrechadas como para apoyarlas. Esto pensábamos todos los compañeros de la resistencia, tanto los que trabajábamos juntos, como los de los otros grupos. Porque las características de esta organización, eran que cada grupo trabajaba por su cuenta, casi sin contactos con los demás y todos sabíamos lo que había que hacer.

El Plan Conintes se implanta por la explosión que mencioné antes en la planta de gas. Al tener el gobierno que apelar al Ejército para reprimir, su desgaste y su fin era acelerado, porque el Ejército toma la imagen de ocupador del país. Una cosa es la policía y otra los militares. Se supone que éstos están para defender la soberanía, y si empiezan a operar militarmente hacia adentro se convierten rápidamente en un agresor dentro del mismo país.

La planta de Gas explotó como cien mil polvorines. Era para la huelga de los obreros de Gas del Estado. Yo dirigí esa operación. Me trasladé a Mar del Plata porque los obreros en huelga ya estaban arrinconados por la represión, que era tremenda; había que aliviarlos, ayudarlos porque la fuerza a que se enfrentaban los estaba reventando. Y la huelga era justa.

La Planta era una manzana entera llena de tubos de gas. Un par de serenos la custodiaban. Mar del Plata estaba lleno de gente y se realizaba el Festival Internacional de Cine. Justamente ese día, el elegido para el operativo, era la Fiesta de Gala de ese Festival.

Fuimos con dos bicicletas. Ahora, como la bomba no había que tirarla y tampoco se podía saltar el cerco, utilizamos un mecanismo casero pero efectivo. Buscamos un largo palo curvo con un piolín, en la punta un lazo. Se colgó la bomba en la punta del piolín. El lazo era corredizo. Se pasó el palo con la bomba en la punta por encima del alambrado; al levantar el palo corrió el lazo y la bomba quedó en posición de explotar. Era de tiempo, a los pocos minutos explotó. Cuando reventaron los tubos, parecía que estaban soldando el cielo con un gran soldador eléctrico, impresionante. Volaban los tubos como cañitas voladoras. Desde Balcarce se veía las explosiones y en Mar del Plata todo el mundo salió a la calle para ver ese espectáculo. Víctimas no hubo ninguna.

Como la cosa se puso muy pesada, de Buenos Aires me vinieron a buscar en un camión. Íbamos a esperar esa noche en la ciudad porque el chófer estaba cansadísimo del viaje, pero como a las tres de la mañana, yo estaba conversando con dos personas más cuando se me cruzó la idea de que teníamos que irnos ya. Lo desperté al chófer.

—Vamos, porque esta noche nos llevan, le digo. No entendía ni medio del sueño que tenía. Así que lo senté en el camión, tomé el volante y salimos para Buenos Aires. Después me enteré que a la madrugada cayó la policía al lugar donde estábamos escondidos, pero ya no había nadie. Las cosas que nos pasaron nos hacen pensar en que diablos es lo que lo mueve a uno a hacer ciertas cosas. Porque, como manejaba yo y el otro dormía, agarré por cualquier camino, uno de tierra que nos llevó a Necochecha y eso también nos salvó porque todas las rutas estaban bloqueadas.

En Mar del Plata llevaban a mucha gente amiga y los torturaron así que me nombraron a mí. Estuve escondido un mes y pico porque me buscaban por todos lados hasta que ya era imposible aguantar y tuve que irme a Montevideo. Cruzé el río con un lanchero amigo —yo soy del Tigre ¿no?—, fuimos a remo en una canoa, frente a Carmelo. De ahí a Montevideo. ◊

## Resumen de lo publicado

*Desde la caída del peronismo hasta hoy los militantes de ese movimiento han venido realizando tareas de resistencia.*

*Brid ha ido contando sus vivencias personales en ese proceso. También como lo hizo en el número anterior relata las contradicciones de este tipo de militancia con la de los políticos del Movimiento.*

# A LA HORA FACIL: APARECEN LOS POLITICOS

## CAPITULO VI

Si bien hasta el momento del asilo en Uruguay el acento de toda nuestra actividad estuvo puesto en la acción clandestina, también participamos de la cosa política. Como dije había sido designado en ese triunvirato que tenía la misión de reorganizar el partido político en el ámbito nacional. Y que estaba compuesto por tres sectores: el femenino representado por Delia Parodi, el político por Oscar Albrieu y el nuestro de la *resistencia* o nueva generación formada después del 55. Este aparente equilibrio era solo formal, porque como también dije nosotros corríamos con desventaja.

La desventaja no era solo la falta de aparato, sino que hay que agregar a eso la experiencia de esta gente en los manejos políticos y el poderío económico que tenían para moverse por todo el país. Por ejemplo cuando un compañero delegado de nuestro sector tenía que ir a una provincia para cumplir las tareas de organización, apenas contaba con la suma de 500 pesos, asignados por Alberto Campos que manejaba los fondos. Así, cuando el compañero luego de un largo viaje en tren o en ómnibus llegaba al lugar se encontraba con que los políticos habían llegado primero en avión con tiempo suficiente como para realizar sus respectivas *trenzas*. En otros casos utilizaban métodos más originales, como el caso de Antonio Abertondo que fue enviado por nosotros a Corrientes. Allí copaba el asunto político el Dr. Romero que molesto por la presencia de un representante de la ortodoxia, no solo lo hostigó con un grupo de sus allegados sino que recurrió a la policía y lo hizo perseguir durante todo el tiempo con el fin de obstaculizarle la labor. Directamente lo acusó ante la policía de perturbador.

La vida dentro del Consejo Coordinador y Supervisor era bastante agitada por los permanentes choques entre el ala política y los de la resistencia. Ellos se reunían en la casa de Constantino Barros para *cocinar* allí todo y después nos llamaban a nosotros al Consejo. Troxler y yo peleábamos permante y violentamente con esta gente que quería hacer la restauración del Partido Político anterior al 55 donde tenían preponderancia todos los tráfugas y traidores —como el caso Teisseire— culpables verdaderos de la caída. Resucitaban todos ahora que más o menos había legalidad y para los tiempo difíciles estuvieron metidos bajo la cama. Esta es una conducta que se repite hasta hoy. Yo me pregunto ¿dónde estuvieron hasta ahora estos Cámporas, estos Benítez, estos Camus, que aparecen ahora para conducir y dictarnos normas de conducta peronista a quienes fuimos los que debimos recoger una bandera que ellos no supieron jamás defender y nunca necesitamos de ellos para mantener el Movimiento vivo, latente y leal a Perón?

Con una lucha feroz en cada provincia, los compañeros logran ocupar un sitio en esa organización a fuerza de ser quienes estaban más cerca de las verdaderas bases del Movimiento y representarlas. Cada provincia fue una batalla. A mí me tocó ir a Jujuy con el compañero Benito Moya, donde se había presentado un problema con un grupo de neo-peronistas que habían conseguido por tejes y manejos legales la sigla del Partido.

Se trataba de convencerlos para que entraran en la órbita de Perón. Pero yo tenía una contra adentro, porque desde Buenos Aires, Iturbe miembro del Consejo y oriundo de Jujuy telefónicamente alertaba a sus amigos para que sabotearan mi misión y a la vez para que el neoperonismo no

entrara a recibir órdenes del Consejo del que él mismo era parte. Albrieu se largó también para la provincia con el fin de convencer a esa gente de que se mantuviera en su posición neoperonista. Así que les hicimos una asamblea de Peronistas y así, democráticamente se eligieron los representantes genuinos y todavía les dejamos las vacantes por si decidían incorporarse. Así eran las cosas unos trabajábamos a favor de Perón y otros, desde adentro y con la camiseta puesta, trabajaban en contra.

Se forma finalmente la Junta Promotora Nacional del Partido con nosotros adentro, mal que mal. Pero por suerte, el Plan Conintes implantado por Frondizi nos sacó de encima a todos los políticos que en cuanto vieron que la cosa venía pesada se volvieron cautelosamente a sus reductos, como es su costumbre.

La mayoría de los figurones corrió a exilarse al Uruguay. En realidad a ellos nadie los perseguía, pero hombres previsores por si acaso... Nosotros nos quedamos, a algunos la actividad clandestina nos lanzó encima tal persecución que por razones incluso de seguridad para los compañeros que nos rodeaban se hizo preciso salir del país. Como dije yo me asilé en Uruguay. Allí los encontré a todos. Nosotros llegábamos con lo puesto, cruzábamos de contrabando, en bote a remo, en cambio ellos levaban una vida cómoda y tranquila. Por ejemplo, Alberto Iturbe que se las daba de exilado viajaba periódicamente a Buenos Aires para atender sus cosas y nadie le decía nada.

A mí el exilio en libertad me duró veinte días, porque enseguida la policía uruguaya me metió preso a pedido de la Justicia Argentina y con las alternativas que contaré en el próximo capítulo. ◊



## Resumen de lo publicado

La resistencia iniciada por el peronismo en 1955, le trajo a Brid un sinnúmero de vicisitudes que ha ido contando en los capítulos anteriores. En ellas no sólo se ha visto reflejada la lucha de esos tiempos sino que ha trascendido la historia del país en un aspecto que por muchas razones estuvo hasta ahora en las sombras. Es este un testimonio para tener en cuenta, hoy y cuando se analice nuestro último cuarto de siglo como nación. Porque la historia se hace con hombres, pero también pasa sustancialmente por el hombre, como individuo, como parte ínfima pero concreta de la historia.

# EL EXILIO Y LA CARCEL

## CAPITULO VII

Mi exilio en libertad, duró veinte días en Montevideo. Había estado una noche en el Hotel Hermitage donde me alojó Campos el primer día. Me fui de ese lujoso hotel porque me sentía incómodo entre tanta pompa; además yo sabía que había compañeros que tenían problemas de alojamiento y comida. Así que le propuse a Campos, que por el mismo precio que salía diariamente en ese hotel, podíamos vivir varios compañeros en condiciones más humildes, pero bien. Y así fue.

Una mañana, cayó una comisión policial y nos levantó a cuatro de nosotros. A mí me secuestraron un revólver que tenía; los otros compañeros eran Pracánico, Natieu y Borro. Ya presos nos dijeron que iban a requerir antecedentes nuestros a la Argentina. En esos momentos me acordé que en principio yo rechazaba la idea de asilarme en Montevideo, porque sabía que iba a ser detenido; finalmente fui porque Campos me prometió trasladarme al Paraguay o Bolivia. Yo sabía que, a pesar de que nos trajeron a cuatro, la cosa era conmigo y así les dije a mis compañeros "que iban a salir al otro día" como realmente ocurrió. No es este el lugar para que yo diga porque yo pensaba tal cosa.

Una semana estuve incomunicado en un calabozo. A pesar de mis protestas aduciendo que yo era un asilado político, me mantuvieron preso hasta que llegó un exhorto donde la Justicia Argentina decía que "era presunto autor de varios atentados subversivos", como ser: la voladura de la casa del Mayor Cabrera (donde hubo un muerto) la de la Planta de gas de Mar del Plata, etc. Por esa "presunción", la Justicia Uruguaya estuvo un año considerando si me tenía que devolver a la Argentina. Hasta que el Fiscal y el Juez resuelven dejarme en libertad, cuando me comunicaron eso y cuando voy a trasponer la puerta para irme, un grupo de civil me detiene nuevamente y me trasladó a una de las oficinas de la Jefatura de Policía. Tres horas estuve allí especulando sobre qué es lo que iban a hacer conmigo. Yo preguntaba y no me contestaban, así que suponía que era un operativo del comando militar para llevarme clandestinamente a mi país. Fueron tres horas difíciles, ya que a cada rato venía un personaje distinto a observarme con cara de malas intenciones y sin hablarme. Hasta que sin ninguna explicación me reintegraron a la cárcel. Fue la primera vez que me alegré de ingresar a una prisión. El Ministerio de Gobierno del Uruguay, decretó especialmente para mí una prisión administrativa, único caso en la Justicia Uruguaya. Claro, que todo esto era expreso pedido del em-

bajador argentino, Gabriel del Mazo. Toda una maniobra para dar tiempo a un nuevo exhorto desde la Argentina con más pruebas, fabricadas por supuesto. Cuando llegaron, trajeron como consecuencia un nuevo proceso. Lo que llevó un año más. Los papeles se movían con mucha lentitud. Hasta ese momento me defendía un abogado uruguayo que me abandonó por el camino porque Campos, que era el encargado de abonarle, no lo hizo más, y seguramente también habrá recibido presiones para dejar el caso. Así que fueron muchos los riesgos de que por falta de asesoramiento legal me llevaran a la Argentina sin más trámites en cualquier momento. Afortunadamente pude contar con la valiosa colaboración de dos abogados argentinos, uno de ellos democratoprogresista —exilado durante la época de Perón— el Dr. Sardá Verduc y el D. Otalagano, peronista; los dos entrerrianos por rara coincidencia. Sobre estos amigos quiero dejar expresado mi más profundo reconocimiento ya que ambos desinteresadamente se ocuparon de mí durante mucho tiempo. Hice varias protestas por la lentitud burocrática con que se manejaba la Justicia Uruguaya; en tres oportunidades recurrí a la huelga de hambre —un método muy efectivo para ese país en aquel tiempo. La última huelga de hambre que se prolongó durante ocho días —reales— me vi con el problema de no poder levantarla porque carecía de comida. Como dirigente peronista que había sido, me daba vergüenza hacer ver que el Movimiento Peronista no estuviera en condiciones económicas de resolver esa situación.

A raíz de esa huelga y después de haber el Fiscal fallado a favor mio, pero el Juez no, el Tribunal de Apelaciones convoca a un informe *in voce* por pedido expreso de mis abogados. Todo esto ocurrió después de la caída de Frondizi, en la que Rauch y Polli sacaron los tanques a la calle y cuando en la Argentina no había garantías constitucionales. Ese marco favoreció a que los abogados en brillante exposición aclararan mi situación y la injusticia de trasladarme a la Argentina sin ningún tipo de garantías. Salí de esa audiencia con la impresión de que pronto recuperaría la libertad. A los quince días, Sardá Vardú me trajo —con lágrimas en los ojos— la noticia de que se había ordenado mi libertad. Pero, por la experiencia sufrida anteriormente yo no me sentía muy seguro y hasta no estar en la calle no pude creerlo. Cuando finalmente salí, numerosos compañeros me estaban esperando, no sólo para compartir el momento sino para cubrirme de cualquier maniobra. Fueron muchos —aunque humildes— los festejos y pronto integré la cofradía peronista de Montevideo donde la lucha interna en la Argentina se reflejaban. Yo trataba

de mantenerme prescindente, pero me era muy difícil.

Una tarde llegó de Buenos Aires un compañero que vino a visitarme. Dio algunas vueltas para justificar su llegada, pero yo lo notaba algo raro. Por fin decidió encararme y decirme cual era el propósito real de su venida a Montevideo.

Sabido es que Américo Barrios, residente en esa época en Montevideo, había acompañado como secretario al General Perón durante cuatro años y que en ese momento se desempeñaba como delegado en Montevideo. Por su parte, Saadi aspiraba, codiciaba ese cargo, o en todo caso un mayor acercamiento con Perón, evidentemente Barrios lo molestaba. Por tal razón había una tensa situación entre los dos.

Este compañero recién llegado de Buenos Aires venía con instrucciones precisas de Saadi de liquidar a Américo Barrios. Por ser muy amigo, me lo contó y también un poco para consultarme, porque él tenía una serie de dudas. Saadi le había adelantado seis mil pesos a cuenta de una suma de treinta mil, para después de realizado el hecho, según me contó. Yo —como también era amigo de Américo o aunque así no hubiera sido— no podía permitir que por ambiciones personales se llegara a esos extremos. Lo disuadí para que no hiciera nada, pero él me planteó el problema de que andaba muy mal económicamente y para cobrar el resto y para justificarse ante Saadi tenía que producirse algo. Ante esto resolví lo siguiente: producir un atentado simulado al domicilio de Barrios que seguramente armaría un batifondo. De esta manera quedaría salvada su situación. Le dije que se volviera a la Argentina y que no apareciera hasta tanto se enterara por los diarios de lo ocurrido. Y se fue conforme.

Hablé entonces con Barrios y le expliqué crudamente cual era el problema y que no le quedaba otro remedio que tener que aguantarse unos tiros en la casa. Una noche, otro compañero —mientras Barrios estaba por entrar a su domicilio— le disparó una ráfaga de balazos que pegaron —según lo convenido— contra la pared.

Pero todo esto, aparte de los asuntos personales, me revolvió el estómago al ver hasta dónde se llegaba en la pelea interna del Movimiento cuando los hombres actúan según sus intereses y no los de la causa. Fue por eso que este tema fue uno de los principales que plantié a Perón cuando más adelante pude ir a verlo a España.

Yo ya no podía quedarme en Montevideo. Pensaba en mi país, en mi familia, veía la inoperancia y mediocridad con que algunos hombres trabajaban en el peronismo y yo quería estar en el mismo terreno de la lucha. Así que clandestinamente —así como había entrado— volví a salir de Uruguay hacia la Argentina.



## Resumen de lo publicado

El autor de estas notas ha contado en los distintos capítulos todo lo que le ha tocado vivir dentro de la *resistencia* peronista iniciada en 1955. Brid nos presentó a un Jorge Daniel Paladino desconocido para la mayoría, y nos contó la maniobra por la cual se convirtió de simple mensajero en jefe del movimiento. Relató los primeros operativos, las torturas y prisiones sufridas por sus compañeros y por él mismo. En el capítulo VII (publicado en nuestro número 9) relata su breve exilio en Montevideo, donde es detenido durante más de un año mientras la justicia argentina intenta acumular pruebas sobre "presuntos atentados subversivos" para repatriarlo. Finalmente, Brid recupera la libertad y se entera del plan de liquidar a Américo Barrios. Consigue evitar el atentado mediante un hábil ardid y posteriormente decide regresar a la Argentina.



# "MI ENCUENTRO CON PERON"

## CAPITULO VIII

Así como había entrado, volví del Uruguay a la Argentina. Para llegar a mi casa y ver a los míos, tuve que recurrir a un compañero, ya que mi familia, desde el Conintes, se vio obligada a dejar la casa en que vivíamos para ir a parar a una casilla de barro en la isla, y de ahí a una casa prefabricada en Claypole. Las razones de estos cambios fue que en el año 60 fue asesinado un primo mío a quien confundieron conmigo. En un principio la crónica hacía figurar que había sido un hecho policial, pero después se estableció que fueron unos mercenarios enviados por dirigentes peronistas a quienes yo había combatido en el Consejo por su corrupción y deslealtad al movimiento peronista. Este hecho ocurrió en San Fernando... a mi primo lo mataron de tres balazos de 45.

Grande fue la sorpresa de mi familia al verme llegar como a las 11 de la noche pero fue mayor la alegría que todos los temores que mi presencia podría producir. En seguida me enteré en el estado calamitoso en que vivían. El día anterior, mi señora tuvo que ir caminando hasta Adrogué a lo de una compañera a solicitar ayuda económica, ya que no tenían ni pedazo de pan con que alimentarse. Gracias a que en Montevideo Alicia Eguren me había dado unos pesos que vinieron a resolver la angustia de los míos. Estos ocurrieron a fines del '62; aquí en la Argentina, todo el mundo corría por el problema eleccionario. Me costó bastante trabajo poder reunir algunos compañeros. Mi intención era nuclearlos de nuevo, ya que como antes no pensaba en la solución de las elecciones, pues consideraba que participar de ellas, era avalar el fraude que el gobierno estaba elaborando, pero los politiqueros no pensaban lo mismo, ya que estaba en juego los puestitos que iban a conseguir. Cuando todo hacía pensar que el éxito iba a coronar todos los esfuerzos, salió una publicación en el diario "El Mundo" anunciando que elementos de la línea extradadura estaban conspirando para crear un clima de agitación para evitar que no se realizaran las elecciones. Poco a poco fueron desertando los compañeros hasta quedar muy pocos. (Los gremialistas y politiqueros se encargaron de sabotear apoyados como siempre por el oficialismo y el gran aparato terminó por triunfar). No hacía mucho que estaba, cuando me enteré que el departamento de Remorino había sido tiroteado, y como fui informado de la existencia de unos italianos contratados por Jorge Antonio para formar aquí un "GAN" combatiendo contra todo lo que este señor considera una amenaza para sus intereses, fue que me vi con Remorino en su departamento

y pude comprobar que la intención había sido simplemente de eliminarlo. A todo esto, yo me estaba preparando para viajar a España a visitar a Perón, así que agregué a mi informe este episodio. Nuevamente tuve que salir clandestinamente para poder tomar recién el avión que me condujera a Europa, en Brasil.

Al llegar a Madrid fui a ver a un tal Ricardo de la Hoz (fallecido) que era amigo del general, el que se encargó de comunicarme de mi presencia. Perón le ordenó a Algarbe, que oficiaba de secretario, para que me fuera a buscar en coche. Este señor, cuando me vio se sintió ofendido por que yo no había recurrido a él (el secretario) en vez de a la Hoz, pero yo le dije que yo venía a ver a Perón e ignoraba su nombre, (bien que lo ignoraba, ya que sabía que éste integraba la cofradía Araba) tuvimos unas palabras muy violentas que no pasaron a mayores. Perón me recibió muy bien. Entre otras cosas, le mencioné el caso de Américo Barrios en Montevideo y de Remorino en Buenos Aires. También lo ilustré sobre los italianos que, entre paréntesis, decían que ellos habían sido contratados por Perón. Está demás decirles cuál fue la reacción del general, y como justamente se encontraba Saadi con la cabeza vendada por un incidente que tuvo en Buenos Aires, le dije que si tenía dudas de la veracidad de mis palabras, lo llamara a Saadi para que hiciera un careo conmigo por lo de Barrios y Remorino. Perón me dijo que me creía e inclusive que a mi regreso dijera que todo lo informado se debía a que el mismo Perón me había pedido investigara los mencionados sucesos. A partir de ese día, Saadi, que hasta ese momento había de delegado de Perón en la Argentina, dejó de serlo, y los italianos volvieron a su lugar de origen. Como consecuencia de estos acontecimientos, Perón me expresó que el organizador de eso y principal responsable era Jorge Antonio, y yo a la vez le hice notar que para combatir al enemigo común y no a intereses bastardos, nosotros los argentinos nos bastábamos para ello. En lo que respecta a la situación que imperaba en ese entonces, al igual que ahora, él me hizo notar que se trataba de fraude, y que la única solución era la revolución popular (desde luego, con la participación de algunos militares que sintieran las mismas inquietudes que nosotros). Yo estaba muy contento cuando tocábamos ese tema, pues me sentía como "calamar en su tinta". Quiero hacer notar que, en ningún momento, Perón dejó entrever ninguna salida que no fuera la revolución. A los pocos días emprendí el regreso, no sin antes haber sor-

teado algunas dificultades económicas y de seguridad.

Cuando puse el pie de nuevo en la Argentina, después de viajar tantos kilómetros, sentí que me invadía una gran alegría como nunca antes experimenté.

Aquí se seguían debatiendo en el "barro del pisadero" que el Gobierno había construido con la ayuda y complicidad de nuestros representantes políticos y gremiales, para que el pueblo optara y así se llegó a las elecciones que consagraron presidente presidente a Arturo Illia.

Mientras se sucedía un nuevo fracaso de los gobiernos liberales pude notar que, mientras los viejos compañeros se quedaban, surgía una nueva corriente de idealistas que se preparaban para hacer frente a los eternos enemigos del pueblo.

Tuve la suerte de ser invitado por estos compañeros, participando de varias reuniones, con los que estaba muy de acuerdo, con la sola diferencia de discrepar en las formas, formas que luego me dieron la razón. Pero yo ya consideraba que era la nueva generación la encargada de tan patriótica gestión, sin con eso pretender desertar, amistosamente me retiré. El Gobierno entrante no con el ánimo de pacificar, sino con el deseo de terminar su mandato decretó una amnistía liberando a todos los presos políticos de la cual yo me vi favorecido, si bien hubo que recurrir mediante un memorandum, al Ministerio de Defensa, ya que pesaban sobre mí varios pedidos de captura. En el año '65, a mediodía, mientras me disponía a almorzar pues estaba trabajando en la Capital, fui sorprendido por Coordinación Federal quienes después de asegurarse de quien era yo, me llevaron como "chicharra de un ala" con gran despliegue policial. Yo no cabía en mi asombro pues consideraba que no tenía nada que ver con la Justicia pero al parecer, ellos no pensaban lo mismo y así fue a parar a un calabozo incomunicado. Me acusaban de las bombas que estallaron por el Congreso a raíz de unos llos estudiantiles y de dos asaltos pero en ninguno de los casos, yo tenía nada que ver. Lo que quedó demostrado, cuando declaré ante el juez en los Tribunales. Pero no pude recobrar la libertad dado que el juez Federal de Azul y Comandos Conintes no había notificado el levantamiento de las capturas dispuestas por el Ministerio del Interior. Así que a pesar de que mis abogados aceleraron el trámite no pude evitar comerme seis días incomunicado con la excepción que esta vez no fui maltratado físicamente. ◊

(Continuará)